



LAS CARTAS DE LA VENERABLE

Nunca se conocen mejor las personas que leyendo sus cartas, porque en parte alguna se retratan más exactamente que en ellas, máxime cuando son de género familiar. De aquí la dificultad de publicar epistolarios completos de individuos, mercedores por otra parte de alabanza, por el temor de sacar a la publicidad los defectos o imprudencias que salen, como pegados al papel, en las cartas escritas sin el cuidado de ocultar con perfecto dominio de sí mismo, y por evitar desedificaciones, las ruines pasioncillas de que están llenos los corazones humanos, en su mayoría. ¿A quién agradaría ver publicadas todas sus cartas, sin excepción? Sin duda que a muy pocos.

A los santos, sin embargo, luego de morir, se les recoge, en cuanto es posible, toda la correspondencia que enviaron y recibieron; y al morir una persona en olor de santidad, si los fieles desean que la Iglesia

apruebe sus virtudes y dé certificado de su glorificación, ella obliga a pasar por un estrecho tamiz todas las cartas del Siervo de Dios, siendo una garantía de su buen espíritu salir aprobadas en tal examen.

Santa Teresa de Jesús, N. gloriosa Madre, se ha hecho célebre en sus epístolas, y aun que tengamos que lamentar la pérdida de la mayaría, de ellas han llegado hasta nosotros varios centenares, que retratan vivamente su espíritu elevadísimo y sus excelentes dotes naturales.

La V. M. Ana de San Agustín, hija preciosa de Nuestra Santa M. Teresa, fué, aunque en menor escala, como la Santa Reformadora, ingenua y prudente en sus cartas, heredando las cualidades de la Madre, para poder con sus misivas dirigir los negocios, instruir, consolar y edificar a las gentes, condimentando todos sus consejos con tal amor y cariño que conseguía fuese muy ha-